

LOS TOTALITARIOS EN NUESTRO SENO*

FRIEDRICH A. HAYEK

“Cuando la autoridad se presenta con la apariencia de organización, muestra un encanto tan fascinador que puede convertir las comunidades de gentes libres en Estados totalitarios.”¹

The Times

Probablemente es cierto que la misma magnitud de las atrocidades cometidas por los gobiernos totalitarios, en lugar de aumentar el temor a que un sistema semejante pueda surgir un día en Inglaterra, ha reforzado más bien la seguridad de que tal cosa no puede acontecer en este país. Cuando miramos a la Alemania nazi, el abismo que la separa de nosotros parece tan inmenso que nada de lo que allí sucediere puede tener trascendencia para una posible evolución en Inglaterra. Y el hecho de haber crecido constantemente la distancia parece refutar toda sugestión de estarnos moviendo en una dirección semejante. Pero no olvidemos que, hace quince años, la posibilidad de que en Alemania sucediese lo que ha acontecido habríanla juzgado fantástica igualmente, no sólo nueve de cada diez de los mismos alemanes, sino también los observadores extranjeros más hostiles (aunque quieran ellos pretender ahora haberlo previsto).

Sin embargo, como se ha sugerido ya en estas páginas, no es con la Alemania actual, sino con la de hace veinte o treinta años, con la que muestran un parecido cada vez mayor las condiciones británicas. Hay muchos rasgos que fueron entonces considerados como

* *Camino de Servidumbre*, Capítulo XIII, Unión Editorial, 2019, 3.ª edición, pp. 271-292.

¹ “The Home Front,” *The Times*, 24 de febrero de 1937, p. 15. En las notas sobre las fuentes de los encabezamientos de este capítulo, Hayek se equivoca al dar la fecha del 24 de febrero de 1940. —Ed.

«típicamente alemanes» y que son ahora igualmente familiares en Inglaterra, y muchos síntomas que apuntan a un futuro desarrollo en la misma dirección, Hemos mencionado ya el más significativo: la creciente semejanza entre los criterios económicos de derechas e izquierdas y su común oposición al liberalismo que era la base común a la mayoría de los políticos ingleses. Contamos con la autorizada afirmación de Mr. Harold Nicholson, quien nos dice que durante el último gobierno conservador, en los escaños de este partido los hombres «mejor dotados... eran todos socialistas de corazón»;² y apenas puede dudarse que, como en los días de los fabianos, muchos socialistas sienten más simpatías por los conservadores que por los liberales.³ Hay otros muchos rasgos estrechamente relacionados con éste. La creciente veneración del Estado, la admiración del poder y de lo grande por ser grande, el entusiasmo por la «organización» de todo (ahora lo llamamos planificación) y aquella «incapacidad para dejar algo al simple poder del crecimiento orgánico», que hasta H. v. Treitschke deploraba ya en los alemanes de hace sesenta años, apenas se acusan menos ahora en Inglaterra que entonces en Alemania.⁴

Hasta qué punto Inglaterra ha caminado, en los últimos veinte años, por la senda alemana, se advierte con extraordinaria claridad si leemos ahora algunas de las más serias discusiones habidas en Inglaterra, durante la guerra anterior, acerca de las diferencias entre los criterios británico y alemán sobre problemas políticos y morales. Probablemente puede decirse con verdad que el público inglés tuvo entonces, en general, una apreciación más exacta de estas diferencias que la que ha demostrado ahora; porque mientras

² *The Spectator*, 12 de abril de 1940, pág. 523. [El diplomático y escritor Sir Harold George Nicolson (1886-1968) fue miembro de la delegación británica en la conferencia de paz de Versalles, ayudante del primer secretario general de la Sociedad de Naciones, y miembro del Parlamento por el Partido Laborista desde 1935 a 1945. —Ed.]

³ A comienzos del siglo xx muchos miembros de la Sociedad Fabiana se alinearon con los conservadores y contra los liberales (lo mismo que otros socialistas) en temas tales como el apoyo a la guerra de los Borres, la reforma educativa, y la preferencia imperial. —Ed.]

⁴ Hayek se refiere al historiador nacionalista alemán Heinrich von Treitschke (1834-1896), que propugnaba un fuerte imperio alemán cuyos intereses estuviesen guiados por un poderoso estamento militar. —Ed.]

el pueblo británico se mostró en aquel tiempo orgulloso de su tradición distintiva, pocos son los criterios políticos entonces considerados como característicamente ingleses de los cuales la mayoría del pueblo británico no parezca ahora medio avergonzado, si no los repudia positivamente. Apenas habrá exageración en decir que cuanto más típicamente inglés pareció al mundo un escritor de problemas políticos o sociales, más olvidado está hoy día en su propio país. Hombres como Lord Morley o Henry Sidgwick, Lord Acton o A.V. Dicey, que fueron entonces admirados en el mundo entero como ejemplos notables de la sabiduría política de la Inglaterra liberal, son para la generación presente victorianos completamente anticuados.⁵ Quizá nada muestre con más claridad este cambio que el hecho de no faltar una consideración simpática de Bismarck en la literatura inglesa contemporánea, en tanto que la generación más joven rara vez menciona el nombre de Gladstone sin una burla para su moralidad victoriana y su utopismo candoroso.⁶

Hubiera deseado trasladar adecuadamente en unos párrafos la impresión alarmante sacada de la lectura de unas cuantas obras inglesas relativas a las ideas que dominaban en la Alemania de la guerra anterior, pues casi todas sus palabras podrían aplicarse a las opiniones más destacadas en la literatura inglesa actual. Me limitaré a citar un breve pasaje de Lord Keynes, de 1915, exposición del

⁵ Sobre Morley, véase la introducción del autor, nota 4; sobre Acton, véase el prólogo a la edición americana en rústica de 1956, nota 10. Hayek tenía razón al mencionar al jurista de Oxford A.V. Dicey (1835-1922) en su discusión sobre el estado de derecho en el capítulo VI, nota 2. El filósofo de Cambridge Henry Sidgwick (1838-1900) escribió de ética y también de economía. Representaba quintaesencia de la época victoriana, pese a que su vida coincide escasamente con el reinado de la reina Victoria. —Ed.

⁶ En los años posteriores a la I Guerra mundial, las astucias diplomáticas de Bismarck fueron consideradas con frecuencia una virtud: se pensaba que había sido tan hábil como para haber llevado a su país a una situación en la que la guerra era inevitable. Véase, por ejemplo, el contraste entre él y el Kaiser Guillermo II en Esme Howard, "Great Men and Small", *The Atlantic Monthly*, vol. 155, Mayo de 1935, pp. 523-33. El político liberal William Ewart Gladstone (1809-1898), junto con su colega tory Benjamin Disraeli, dominaron la vida política británica durante gran parte de la era victoriana. El ataque a todas las virtudes de la época victoriana fue obra principalmente del compañero de John Maynard Keynes en el Grupo de Bloomsbury, Lytton Strachey, cuyo libro *Eminent Victorians* (Londres: Chatto and Windus, 1918; reedición Londres: Penguin, 1986) se convirtió en *locus classicus* del género. —Ed.

«delirio» que ve manifestarse en una obra alemana típica de aquel período. Refiere cómo, según un autor alemán, “la vida industrial debe continuar movilizada incluso en la paz. Esto es lo que quiere decir cuando habla de la ‘Militarización de nuestra vida económica’ [el título de la obra reseñada]. El individualismo ha de terminar por completo. Tiene que establecerse un sistema de regulaciones cuyo objetivo no es la mayor felicidad del individuo (el profesor Jaffé no se avergüenza de decir esto con todas sus letras), sino el reforzamiento de la unidad organizada del Estado con el fin de alcanzar el máximo grado de eficiencia (*Leistungsfähigkeit*), que sólo indirectamente influye sobre el provecho individual. Esta monstruosa doctrina está encerrada en el relicario de una especie de idealismo. La nación se desarrollará en una «unidad cerrada» y llegará a ser efectivamente lo que Platón declaró que debería ser: «Der Mensch in Grossen». En particular, la paz venidera traerá consigo un reforzamiento de la idea de la intervención del Estado en la industria... Las inversiones exteriores, la emigración, la política industrial de los últimos años, basada en considerar el mundo entero como un mercado, son demasiado peligrosas. El antiguo orden económico, que hoy muere, se basaba en el beneficio; y en la nueva Alemania del siglo xx, el poder sin consideración del beneficio acabará con aquel sistema capitalista que surgió de Inglaterra hace cien años.”⁷ Excepción hecha de no haber osado aún ningún autor inglés, que yo sepa, menospreciar abiertamente la felicidad individual, ¿hay alguna frase de este pasaje que no encuentre su igual en mucha literatura inglesa contemporánea?

Y, sin duda, no sólo las ideas que en Alemania y en otras partes prepararon el totalitarismo, sino también muchos de los principios del totalitarismo mismo están ejerciendo una fascinación creciente en otros muchos países. Aunque pocas personas, si es que hay alguna, estarían, probablemente, dispuestas en Inglaterra a tragarse el totalitarismo entero, pocos son sus rasgos singulares que unos u

⁷ *Economic Journal*, 1915, p. 450. [La reseña de Keynes es sobre tres ediciones de la revista *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* sobre el tema *Krieg und Wirtschaft*, que contenía los primeros artículos de economistas alemanes sobre la economía alemana durante la guerra. El artículo de Jane apareció en el número de marzo de 1915 y se titulaba “Die Militarisierung unseres Wirtschaftsleben.” —Ed.

otros no nos han aconsejado imitar. Aún más, apenas hay una hoja del libro de Hitler que una u otra persona, en Inglaterra, no nos haya recomendado emplear para nuestros propios fines. Esto se aplica especialmente a muchas gentes que son, sin duda, enemigos mortales de Hitler por un especial rasgo de su sistema. No debemos olvidar nunca que el antisemitismo de Hitler ha expulsado de su país o convertido en sus enemigos a muchas gentes que, por todos estilos, son comprobados totalitarios del tipo alemán.⁸

Ninguna descripción en términos generales puede dar Una idea adecuada de la semejanza entre gran parte de la literatura política inglesa actual y las obras que en Alemania destruyeron la creencia en la civilización occidental y crearon el estado de ánimo en el que pudo alcanzar éxito el nazismo. La semejanza está aún más en el espíritu para enfocar los problemas que en los argumentos específicos usados; es la misma facilidad para romper todos los lazos culturales con el pasado y para arriesgarlo todo al éxito de una particular tentativa. Como ocurrió también en Alemania, la mayoría de las obras que están preparando el camino para una orientación totalitaria en Inglaterra son el producto de idealistas sinceros y, con frecuencia, de hombres de considerable altura intelectual. Así, aunque sea desagradable individualizar a título de ejemplo, cuando son centenares de personas las que defienden opiniones semejantes, no veo otra manera de demostrar eficazmente cuánto ha avanzado en realidad esta evolución en Inglaterra. Elegiré deliberadamente para ilustración a autores cuya sinceridad y desinterés está por encima de toda sospecha. Pero aunque espero mostrar por esta vía cuán rápidamente están extendiéndose aquí las opiniones de donde brota el

⁸ Especialmente cuando consideramos la proporción de antiguos socialistas que se hicieron nazis, es importante recordar que el verdadero significado de esta proporción sólo se ve si la referimos, no al número total de los antiguos socialistas, sino al número de aquellos cuya conversión no se hubiera hecho imposible, en todo caso, por su ascendencia. En efecto, uno de los rasgos sorprendentes de la emigración política procedente de Alemania es el número relativamente pequeño de refugiados de izquierdas que no son «judíos», en el sentido alemán de esta palabra. Con demasiada frecuencia hemos oído elogios del sistema alemán prologados por alguna afirmación como la que iniciaba en una reciente conferencia la enumeración de las «características de la técnica totalitaria de movilización económica, sobre las que sería bueno meditar», y que decía así: «Herr Hitler no es mi ideal; lejos está de serlo. Hay razones personales muy importantes por las que Herr Hitler no sería mi ideal; pero...»

totalitarismo, tengo pocas probabilidades de demostrar con éxito la semejanza, igualmente importante, en la atmósfera emocional. Sería necesaria una amplia investigación acerca de todos los sutiles cambios en el pensamiento y el lenguaje para hacer explícito lo que es fácil reconocer como síntomas de una familiar evolución. El contacto con las personas que hablan de la necesidad de oponer ideas «grandes» a las «pequeñas» y de reemplazar el viejo pensamiento «estático» o «parcial» por la nueva dirección «dinámica» o «global», permite comprender que lo que al principio parece un puro sin sentido es signo de aquella actitud intelectual que sólo por sus manifestaciones podemos aquí analizar.

* * *

Mis primeros ejemplos son dos obras de un inteligente erudito que en estos últimos años ha despertado mucho interés. Hay, quizá, muy pocos ejemplos en la literatura inglesa contemporánea donde la influencia de las ideas específicamente alemanas de que aquí nos ocupamos esté tan marcada como en los libros del profesor E.H. Carr, *Twenty Years' Crisis* y *Conditions of Peace*.⁹

En el primero de estos dos libros, el profesor Carr francamente se confiesa adicto a «la 'escuela histórica' de los realistas [que] tuvo su hogar en Alemania y [cuyo] desarrollo puede trazarse a través de los grandes nombres de Hegel y Marx».¹⁰ Un realista, explica, es el «que hace de la moralidad una función de la política» y «no puede lógicamente aceptar ningún patrón de valor, excepto el de los hechos».¹¹ Este «realismo» se contrapone, según la moda verdaderamente alemana, al pensamiento «utópico» que data del siglo XVIII, «el cual fue esencialmente individualista, pues hizo de la conciencia humana el

⁹ E.H. Carr, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, cit., y *Conditions of Peace* (Nueva York: Macmillan, 1942). —Ed.

¹⁰ E.H. Carr, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, cit., p. 84. —Ed.

¹¹ La frase, "The realist cannot logically accept any standard of value save that of fact" [El realista no puede aceptar lógicamente cualquier criterio de valor salvo el de hecho] se halla en *ibid.*, p. 28. No pude hallar la frase "who makes morality a function of politics," [el que hace de la moralidad una función de la política] sino la frase "who regard ethics as a function of politics" [el que considera la ética una función de la política], que se halla en la p. 54. —Ed.

tribunal de apelación último». ¹² Pero la vieja moral, con sus «principios generales abstractos», tiene que desaparecer, porque «el empírico trata el caso concreto según sus circunstancias particulares». ¹³ En otras palabras, nada hay sino cuestiones de oportunidad, y hasta se nos asegura que «la norma *pacta sunt servanda* no es un principio moral». ¹⁴ Que sin principios generales abstractos el mérito es tan sólo una arbitraria cuestión opinable y que los tratados internacionales carecen de significado si no obligan moralmente, no parece inquietar al profesor Carr.

Según él, evidentemente, aunque no lo diga de modo explícito, resulta que Inglaterra luchó en la última guerra del lado falso. Todo el que lea ahora de nuevo las declaraciones de hace veinticinco años acerca de los fines de guerra ingleses y las compare con las opiniones actuales del profesor Carr verá fácilmente que las que entonces se tuvieron por opiniones alemanas son ahora las de él, quien argüiría probablemente que los criterios profesados entonces por Inglaterra eran tan sólo un producto de la hipocresía británica. Que apenas ve diferencia entre los ideales sostenidos por Inglaterra y los practicados por la Alemania actual, lo ilustra inmejorablemente al asegurar que, “sin duda, cuando un nacionalsocialista preeminente afirma que «todo lo que beneficia al pueblo alemán es justo y todo lo que le daña es injusto», propugna simplemente la misma identificación del interés nacional con el derecho universal que ya fue establecida para los países de habla inglesa por [el Presidente] Wilson, el profesor Toynbee, lord Cecil y otros muchos.” ¹⁵

¹² *Ibid.*, p. 32. —Ed.

¹³ *Ibid.*, p. 38. —Ed.

¹⁴ *Ibid.*, p. 243. La frase latina *pacta sunt servanda*, o “los pactos deben respetarse”, se refiere a un principio fundamental del derecho civil e internacional. —Ed.

¹⁵ *Ibid.*, p. 100. Veinticinco años antes el presidente americano Woodrow Wilson (1856-1924) abogó por la Sociedad de Naciones en la conferencia de paz de París. El estadista inglés Robert, Primer Vizconde Cecil of Chelwood (1864-1958) colaboró en la redacción del acuerdo de la Sociedad de Naciones y fue presidente de la Sociedad de Naciones de 1923 a 1945. Le fue concedido el Premio Nobel de la paz en 1937. El historiador inglés Arnold Joseph Toynbee (1889-1975), también delegado en la conferencia de paz de París, expresó sus puntos de vista en un documento titulado *The World After the Peace Conference, Being an Epilogue to the “History of the Peace Conference of Paris” and a Prologue to the “Survey of International Affairs 1920-1923”* (Oxford: Oxford University Press, 1925). —Ed.

Como los libros del profesor Carr tratan de problemas internacionales, es en este campo donde más se destaca su tendencia característica. Pero por las fugaces visiones que podemos obtener sobre la futura sociedad que él contempla, resulta que corresponde también por completo al modelo totalitario. A veces llega uno a preguntarse si esta semejanza es accidental o deliberada. Cuando el profesor Carr afirma, por ejemplo, que «no podemos ya encontrar mucho sentido a la distinción, familiar al pensamiento del siglo XIX, entre ‘sociedad’ y ‘Estado’», ¿sabe que es ésta precisamente la doctrina del profesor Carl Schmitt, el más destacado teórico nazi del totalitarismo, y, de hecho, la esencia de la definición del totalitarismo dada por este autor, que es quien ha introducido este término?¹⁶ Y cuando estima que «la producción de opiniones en masa es el corolario de la producción de bienes en masa», de donde resulta que «el prejuicio que la palabra propaganda ejerce todavía hoy sobre muchas mentes es completamente paralelo al prejuicio contra el control de la industria y el comercio»,¹⁷ ¿no hace realmente la apología de una regimentación de la opinión pública al estilo de la practicada por los nazis?

En su más reciente libro, *Conditions of Peace*, el profesor Carr responde con una enérgica afirmativa a la pregunta con la que cerrábamos el capítulo anterior: “Los triunfadores perdieron la paz, y la Rusia soviética y Alemania la ganaron, porque los primeros continuaron predicando, y en parte aplicando, los en otro tiempo válidos pero hoy destructivos ideales de los derechos de las naciones y el capitalismo de *laissez-faire*, mientras las últimas, consciente o inconscientemente impulsadas por la corriente del siglo XX, se esforzaban por reconstruir el mundo en forma de unidades mayores sometidas a la planificación e intervención centralizadas.”¹⁸

¹⁶ *Ibid.*, p. 269. Más información sobre Carl Schmitt en el capítulo VI, nota 5. Hayek omite una cláusula de la frase de Carr, que dice: “We can no longer find much meaning, within the national community, in the distinction familiar to nineteenth-century thought between ‘society’ and ‘state.’” [Ya no podemos encontrar demasiado significado, en la comunidad nacional, en la distinción familiar al pensamiento del siglo XIX entre ‘sociedad’ y ‘estado’]. Puede que Carr se refiriese a lo que la comunidad nacional creía, más que a lo que creía él mismo. —Ed.

¹⁷ Ambos pasajes se encuentran en *ibid.*, p. 171. —Ed.

¹⁸ E.H. Carr, *Conditions of Peace*, cit., p. 8. —Ed.

El profesor Carr hace completamente suyo el grito de guerra alemán de la revolución socialista del Este contra el Occidente liberal dirigida por Alemania: “la revolución que comenzó en la última guerra, que ha sido la fuerza impulsora de todo movimiento político importante en los últimos veinte años..., una revolución contra las ideas predominantes en el siglo XIX: democracia liberal, autodeterminación nacional y *laissez-faire* económico”.¹⁹ Como él mismo dice, con acierto, «fue casi inevitable que este desafío a las creencias del siglo XIX encontrase en Alemania, que jamás las compartió realmente, uno de sus más fuertes protagonistas». ²⁰ Con toda la fe fatalista de cualquier pseudo historiador desde Hegel y Marx, esta evolución se presenta como inevitable: «conocemos la dirección en que el mundo se mueve, y, o cedemos a ella, o perecemos». ²¹

La convicción de la inevitabilidad de esta tendencia se basa, característicamente, en familiares falacias económicas: la presunta necesidad de una expansión general de los monopolios como consecuencia del desarrollo técnico, la pretendida «plétora potencial» y todos los demás tópicos que aparecen en las obras de este tipo. El profesor Carr no es un economista, y su argumentación económica no soporta, generalmente, un serio examen. Pero ni esto, ni lo que de ello es característico, a saber: su creencia en el rápido decrecimiento de la importancia del factor económico en la vida social, le impiden basar sobre argumentos económicos todos sus pronósticos sobre las inevitables tendencias, o presentar como principal demanda para el futuro «la reinterpretación, en términos predominantemente económicos, de los ideales democráticos de ‘igualdad’ y ‘libertad’». ²²

El desprecio del profesor Carr por todas las ideas de los economistas liberales (que insiste en llamar ideas del siglo XIX, aunque sabe que Alemania «jamás las compartió realmente» y que ya practicaba en aquel siglo la mayoría de los principios que él propugna ahora) es tan profundo como el de cualquiera de los escritores alemanes citados en el capítulo anterior. Incluso se apropia la tesis alemana, engendrada por Friedrich List, según la cual el

¹⁹ *Ibid.*, pp. 10-11.—Ed.

²⁰ *Ibid.*, p. 218.—Ed.

²¹ *Ibid.*, p. 131.—Ed.

²² *Ibid.*, p. 30.—Ed.

librecambio es una política dictada tan sólo por los especiales intereses de Inglaterra en el siglo XIX y sólo para, ellos adecuada.²³ Ahora, sin embargo, «la obtención artificial de un cierto grado de autarquía es condición necesaria de una existencia social ordenada».²⁴ Lograr el «retorno a un comercio mundial más disperso y generalizado... por una 'remoción de las barreras comerciales' o resucitando los principios del *laissez-faire* del siglo XIX», es «inimaginable».²⁵ ¡El futuro pertenece al *Grossraumwirtschaft* del tipo alemán: «el resultado que deseamos sólo puede lograrse por una deliberada reorganización de la vida europea tal como Hitler la ha emprendido»!²⁶

Después de todo esto es difícil sorprenderse por encontrar una característica sección, titulada «Las funciones morales de la guerra», donde el profesor Carr condesciende a compadecerse de «las personas ingenuas (especialmente en los países de habla inglesa) que, impregnadas de la tradición del siglo XIX, persisten en considerar la guerra como algo sin sentido y desprovisto de finalidad», y se goza en el «sentimiento de significación y finalidad» que la guerra, «el más poderoso instrumento de solidaridad social», crea.²⁷ Todo esto es muy familiar; pero no es en las obras de los universitarios ingleses donde uno esperaba encontrar estas opiniones.

* * *

Quizás no hayamos prestado bastante atención a un rasgo de la evolución intelectual de Alemania durante los últimos cien años, que ahora, en una forma casi idéntica, hace su aparición en

²³ Para más información sobre Friedrich List, véase el cap. I, nota 13. —Ed.

²⁴ E.H. Carr, *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939*, cit., p. 155. Carr dijo en realidad que «la promoción artificial de cierto grado de autarquía es una condición necesaria para una existencia social ordenada». —Ed.

²⁵ E.H. Carr, *Conditions of Peace*, cit., p. 237. —Ed.

²⁶ *Ibid.*, p. 237. *Grossraumwirtschaft* traduce literalmente «economía regional extensiva», y se refiere a la integración de otras economías de la Europa central y oriental en una economía alemana en expansión, visión de la *Mitteleuropa* articulada por Friedrich Naumann, que se describe en el capítulo XII, nota 19. —Ed.

²⁷ La sección sobre «The Moral Function of War» comienza *ibid.*, p. 116, y los tres pasajes se encuentran en las páginas 116, 119, y 119, respectivamente. —Ed.

Inglaterra: la agitación de los hombres de ciencia en favor de una organización «científica» de la sociedad. El ideal de una sociedad organizada «de cabo a rabo» desde arriba fue fomentado considerablemente en Alemania por la singular influencia que a sus especialistas científicos y técnicos se les permitió ejercer en la formación de las opiniones sociales y políticas. Pocas personas recuerdan que en la historia moderna de Alemania los profesores políticos han desempeñado un papel comparable al de los abogados políticos en Francia.²⁸ La influencia de estos hombres de ciencia políticos no se inclinó a menudo, en los últimos años, hacia el lado de la libertad. La «intolerancia de la razón», tan visible con frecuencia en el especialista científico, la intransigencia con los métodos del hombre ordinario, tan característica del técnico, y el desprecio hacia todo lo que no ha sido organizado conscientemente de acuerdo con un modelo científico, por unas inteligencias superiores, fueron fenómenos familiares durante generaciones en la vida pública alemana, antes de adquirir importancia en Inglaterra. Y quizá ningún otro país proporcione mejor que Alemania, entre 1840 y 1940, una ilustración de los efectos que sobre una nación ocasiona el desplazamiento general y completo de la mayor parte de su sistema educativo desde las «humanidades» a las «realidades».²⁹

La facilidad con que, en definitiva, con escasas excepciones, los universitarios y hombres de ciencia alemanes se colocaron al servicio de los nuevos gobernantes es uno de los espectáculos más deprimentes y bochornosos de la historia entera del ascenso del nacionalsocialismo.³⁰ Es bien sabido que precisamente los hom-

²⁸ f. Franz Schnabel: *Deutsche Geschichte in neunzehnten Jahrhundert*, vol. 2 (Friburgo in Br.: Herder, 1933), p. 204.

²⁹ Creo que fue el autor de *Leviathan* quien primero sugirió la supresión de la enseñanza de los clásicos, ¡porque inculcaba un peligroso espíritu de libertad! [Thomas Hobbes condenó las opiniones antimonárquicas de los griegos y de los romanos en el capítulo 21 del *Leviathan*, titulado "Of the Liberty of Subjects." [Sobre la libertad de los súbditos]. Véase Thomas Hobbes, *Leviathan* (1651; Indianapolis: Hackett, 1994), parte 2, capítulo 21, pp. 140-141. —Ed.

³⁰ El servilismo de los hombres de ciencia hacia los poderes apareció primero en Alemania, a la par del gran desarrollo de la organización oficial de la ciencia, que hoy es objeto de tanto elogio en Inglaterra. Uno de los hombres de ciencia alemanes más famosos, el fisiólogo Emil du Bois-Reymond, no se avergonzó de proclamar, en un discurso pronunciado en 1870 en su doble condición de rector de la Universidad de Berlín

bres de ciencia y los ingenieros, que habían pretendido tan ruidosamente ser los dirigentes en la marcha hacia un mundo nuevo y mejor, se sometieron más fácilmente que casi ninguna otra clase a la nueva tiranía.³¹

El papel que han desempeñado los intelectuales en la transformación totalitaria de la sociedad lo anticipó proféticamente en otro país Julien Benda, cuya *Trahison des clercs* cobra nueva significación cuando se relee ahora, quince años después de escrita.³² Hay especialmente un pasaje en esta obra que merece ser muy meditado y recordado cuando venimos a considerar ciertos casos de excursión de los científicos británicos al campo de la política. Es el pasaje en que M. Benda habla de “la superstición de considerar a la ciencia

y presidente de la Academia Prusiana de Ciencias, que «Nosotros, la Universidad de Berlín, situada frente al Palacio Real, somos, por los títulos de nuestra fundación, la guardia intelectual de la Casa de Hohenzollern». (*A Speech on the German War* (Londres: Bentley, 1870), p. 31. —Es curioso que Du Bois-Reymond considerase conveniente publicar una edición inglesa de su discurso.) [El fisiólogo alemán Emil du Bois-Reymond (1818-1896) enseñó en Berlín y es conocido por ser el descubridor de la neuroelectricidad. —Ed.]

³¹ Bastará citar un testimonio extranjero: Mr. R.A. Brady, en su estudio sobre *The Spirit and Structure of German Fascism*, concluye su detallada referencia de la evolución del mundo académico alemán afirmando que «en la sociedad moderna, el hombre de ciencia, *per se*, es quizá el más fácilmente utilizado y “coordinado” de todas las gentes con formación especializada. Los nazis, para decir verdad, destituyeron a muchos profesores universitarios y expulsaron de los laboratorios de investigación a muchos hombres de ciencia. Pero fue principalmente entre los profesores de ciencias sociales donde hubo una desconfianza más general y una crítica más persistente de los programas nazis, y no entre los de las ciencias de la Naturaleza, cuyo pensamiento se supone ser más riguroso. Los destituidos de este último campo fueron primordialmente judíos o excepciones a la generalización anterior, debidas a una aceptación igualmente acrítica de las creencias opuestas a las nazis. Por consecuencia, los nazis pudieron “coordinar” a universitarios y científicos con relativa facilidad, y con ello introducir en su esmerada propaganda el aparente peso y el apoyo de la mayor parte de la opinión docta alemana.»

³² Hayek se refiere a Julien Benda, *La trahison des clercs* (París: Gasset, 1927, pp. 286-87. Escritor y filósofo francés, Julien Benda (1867-1956) comenzó su carrera escribiendo sobre el asunto Dreyfuss. En su libro más famoso, Benda afirmaba que en épocas pasadas los intelectuales (*clercs*) se comprometían en una búsqueda desinteresada de las verdades universales; buscaban ideales que trascendiesen las necesidades del estado o de la sociedad en que vivían. En los tiempos recientes, en cambio, los intelectuales se habían ido convirtiendo cada vez más en siervos de la causas políticas y nacionales. Resultado de esta traición de los *clercs*, las pasiones políticas extremistas se han hecho recientemente más universales, coherentes, continuas y preponderantes. —Ed.]

competente en todos los dominios, incluso el de la moral; superstición que, repito, es un producto del siglo XIX. Queda por averiguar si quienes enarbolan esta doctrina creen en ella, o si desean simplemente otorgar el prestigio de una apariiencia científica a las pasiones del corazón, que ellos saben perfectamente que no son sino pasiones. Es de notar que el dogma según el cual la Historia obedece a leyes científicas lo predicán, sobre todo, los partidarios de la autoridad arbitraria. Es muy natural, porque elimina las dos realidades que más odian ellos, a saber: la libertad humana y la actuación histórica del individuo.”³³

Ya hemos tenido ocasión de mencionar un producto inglés de esta especie, una obra en donde, sobre un fondo marxista, se combina la idiosincrasia característica del intelectual totalitario y el odio a casi todo lo que distingue a la civilización europea desde el Renacimiento con el aplauso a los métodos de la Inquisición.³⁴ No deseamos considerar aquí un caso tan extremo, y tomaremos una obra que es más representativa y ha alcanzado extensa publicidad. El librito del Dr. C.H. Waddington, bajo el característico título de *La actitud científica*, es muy buen ejemplo de un tipo de literatura que patrocina activamente el influyente semanario *Nature*, y que combina las demandas de un mayor poder político para los hombres de ciencia con una defensa ardiente de la «planificación» en gran escala.³⁵ Aunque no tan franco en su desprecio por la libertad como Mr. Crowther, difícilmente es más tranquilizador el doctor Waddington. Difiere de la mayoría de los escritores del mismo tipo

³³ Hayek cita según la traducción inglesa del libro de Benda. Véase Julien Benda, *The Betrayal of the Intellectuals*, trad. Richard Aldington (Nueva York: William Morrow, 1928; reedición, Boston: Beacon, 1955), p. 182. La edición original de 1928 llevaba el título de *The Treason of the Intellectuals* [La traición de los intelectuales], pero “betrayal”), elegido para la reedición, se adapta mejor a los argumentos de Benda que la más literal traducción por “traición”. —Ed.

³⁴ Véase la declaración de J.G. Crowther, capítulo XI, nota 13. —Ed.

³⁵ Hayek se refiere a C.H. Waddington, *The Scientific Attitude* (Harmondsworth: Penguin, 1941). El embriólogo y genetista inglés Conrad Hal Waddington (1905-1975) hizo aportaciones a la teoría evolucionista y fue autor asimismo de cierto número de textos populares sobre la ciencia. En los primeros días de la guerra los directores de *Nature* avalaron con frecuencia la utilización de la planificación científica tanto para el esfuerzo de guerra como para la posguerra, como ya destaqué en mi introducción, pp. 11-12. —Ed.

en que ve claramente e incluso destaca que las tendencias que describe y defiende conducen inevitablemente a un sistema totalitario. Y, sin embargo, le resulta al parecer preferible a la, según él, «feroz jaula de monos que es la civilización presente».³⁶

La pretensión del Dr. Waddington, según la cual el hombre de ciencia está calificado para dirigir una sociedad totalitaria, se basa principalmente en su tesis de que «la ciencia puede formular juicios éticos sobre la conducta humana»: pretensión que, en la elaboración del Dr. Waddington, ha recibido de *Nature* considerable publicidad.³⁷ Por lo demás, es una tesis familiar desde hace mucho tiempo a los científicos políticos alemanes, que ha sido justamente destacada por J. Benda.³⁸ Para ilustración de lo que significa, no necesitamos salirnos del libro del Dr. Waddington. La libertad, explica, «es un concepto cuya discusión resulta muy dificultosa para el hombre de ciencia, en parte porque no está convencido de que, en último análisis, exista tal cosa».³⁹ Nos dice, sin embargo, que la «ciencia reconoce» esta y aquella libertad, pero que «la libertad de ser singular y distinto de su vecino no es... un valor científico».⁴⁰ ¡Al parecer, las «prostituidas humanidades», acerca de las cuales el doctor Waddington tiene muchas cosas desfavorables que decir, nos han engañado gravemente enseñándonos la tolerancia!⁴¹

Conforme a lo que es costumbre encontrar en esta clase de literatura, cuando este libro sobre la «actitud científica» llega a las

³⁶ C.H. Waddington, *The Scientific Attitude*, cit., p. 101.—Ed.

³⁷ *Ibid.*, p. 27. La edición del 6 de septiembre de 1941 de *Nature* incluía un trabajo de Waddington titulado "The Relations between Science and Ethics" [Las relaciones entre ciencia y ética] junto con comentarios sobre el artículo por otros ocho autores. Ediciones sucesivas incluían ulteriores intercambios entre Waddington y varios otros. Todo esto fue reunido en un libro por C.H. Waddington et al., *Science and Ethics* (Londres: Allen and Unwin, 1942). —Ed.

³⁸ Julien Benda, *The Betrayal of the Intellectuals*, cit., más de una vez critica a los intelectuales alemanes por haber iniciado la traición de los *clerics* y por haber facilitados que otros pudiesen seguir. Y esto es lo que afirma en las pp. 42-43: "El "intelectual" nacionalista es esencialmente una invención alemana. (...) Es innegable que desde el momento en que Alemania posee un Mommsen, Francia se ve especialmente obligada a tener un Barrès, para no verse penalizada viéndose obligada a situarse en una posición de gran inferioridad en el fanatismo nacionalista..." —Ed.

³⁹ C.H. Waddington, *The Scientific Attitude*, cit., p. 110. —Ed.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 112.—Ed.

⁴¹ *Ibid.*, p. 125.—Ed.

cuestiones económicas y sociales es cualquier cosa menos científico. Encontramos de nuevo todos los familiares *clichés* y generalizaciones sin base acerca de la «plétora potencial» y de la inevitable tendencia hacia el monopolio; pero cuando se examinan las «mejores autoridades», citadas en apoyo de estas afirmaciones, resultan ser, en su mayor parte, folletos políticos de dudosa reputación científica, mientras que los estudios serios sobre los mismos problemas son característicamente despreciados.⁴²

Como en casi todas las obras de este tipo, las convicciones del Dr. Waddington están determinadas principalmente por su aceptación de las «tendencias históricas inevitables» que se supone ha descubierto la ciencia y que él deriva de «la filosofía profundamente científica» del marxismo, cuyas nociones básicas son «casi, si no completamente, idénticas a las que constituyen el fundamento de la visión científica de la naturaleza»⁴³ y cuya «aptitud para enjuiciar» supera, nos dice el Dr. Waddington, a todo lo precedente.⁴⁴ Y aunque el Dr. Waddington encuentra «difícil negar que en Inglaterra se vive ahora peor» que en 1913,⁴⁵ prevé un sistema económico que «será centralizado y totalitario, en el sentido de que todos los aspectos del desarrollo económico, dentro de grandes regiones, serán conscientemente planificados como un conjunto integral».⁴⁶ Pero en apoyo de su fácil optimismo sobre la posibilidad de mantener la libertad de pensamiento en este sistema totalitario, su «actitud científica» no encuentra mejor recurso que la convicción de que «tiene que haber testimonios muy valiosos en el campo de ciertas cuestiones que se comprenden sin necesidad de ser un especialista», tales como, por ejemplo, la de sí es posible «combinar el totalitarismo con la libertad de pensamiento».⁴⁷

⁴² Entre las referencias que Waddington citaba *ibid.*, pp. 89-91, se hallan las panorámicas sociales de la revista *Time*, y libros como el de Frank Verulam, *Production for the People* (Londres: Gollancz, 1940) y John Boyd Orr, *Food, Health and Income: Report on a Survey of Adequacy of Diet in Relation to Income* (Londres: Macmillan, 1936). —Ed.

⁴³ C.H. Waddington, *The Scientific Attitude*, cit., p. 81. —Ed.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 84. —Ed.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 14. —Ed.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 124. —Ed.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 19. —Ed.

* * *

Un examen más completo de las diversas tendencias totalitarias en Inglaterra debería prestar considerable atención a los varios intentos de crear alguna especie de socialismo de la clase media, que presentan un alarmante parecido, desconocido sin duda para sus autores con las tendencias semejantes en la Alemania prehitleriana.⁴⁸ Si nos ocupáramos aquí expresamente de los movimientos políticos, tendríamos que considerar las nuevas organizaciones como el movimiento de la «*Forward March*» o «*Common Wealth*», de Sir Richard Acland, el autor de *Unser Kampf*, o las actividades del «Comité de 1941», de Mr. J.B. Priestley, que en un tiempo estuvo asociado con el primero.⁴⁹ Pero aunque sería imprudencia despreciar el significado sintomático de fenómenos como éstos, difícilmente pueden ser contados entre las fuerzas políticas importantes.

⁴⁸ Otro elemento que después de esta guerra reforzará probablemente las tendencias en esta dirección lo constituirán algunos de los hombres que durante la guerra saborearon el poder de la intervención coercitiva y encontrarán difícil volver a los humildes papeles que habían desempeñado hasta entonces. Aunque después de la anterior guerra los hombres de esta clase no fueron tan numerosos como lo serán probablemente en el futuro, ejercieron, sin embargo, entonces una influencia no despreciable sobre la política económica de Inglaterra. En la compañía de algunos de estos hombres, hace ya diez o doce años, experimenté por vez primera en este país la entonces inusitada sensación de ser transportado repentinamente a lo que estaba acostumbrado a considerar como una atmósfera intelectual completamente «alemana». [“Diez o doce años” antes Hayek acababa de incorporarse a la facultad en la London School of Economics. Como expongo en mi introducción, pp. 3-4, Hayek difundió la afirmación de que ciertos puntos de vista que entonces eran corrientes entre el público británico recordaban los que existían anteriormente en Alemania en su lección inaugural, “The Trend Economic Thinking,”. cit. —Ed.]

⁴⁹ Sir Richard Acland, Bt. (1906-1990) formó el Partido socialista de la Commonwealth en 1942 junto con el escritor y comentarista político John Boynton Priestly (1894-1984). El partido tuvo escaso éxito en las elecciones y fue disuelto en 1945. Priestly fue presidente del “Committee of 1941” [Comité de 1941] del que era miembro Acland. El Comité reclamaba una planificación central más amplia durante el esfuerzo de guerra, y para que continuase después de que terminase la guerra. Acland fue autor de *Unser Kampf: Our Struggle* (Harmondsworth: Penguin, 1940) y *The Forward March* (Londres: George Allen and Unwin, 1941). En el segundo argumentaba que en la nueva edad de abundancia hacia la que marchábamos, los hombres sentían que debían servir a una causa más elevada y participar en algo más grande que ellos mismos. Acland esbozó una nueva “economía de servicio” en la que todo esto podía darse. —Ed.]

Aparte de las influencias intelectuales que hemos ilustrado con dos ejemplos, el impulso del movimiento hacia el totalitarismo proviene principalmente de los dos grandes grupos de intereses: el capital organizado y el trabajo organizado. Probablemente, la mayor amenaza de todas está en el hecho de apuntar en la misma dirección la política de estos dos grupos, los más poderosos.

Lo hacen a través de su común y a menudo concertado apoyo a la organización monopolista de la industria, y esta tendencia es el mayor peligro inmediato. Si bien es cierto que no hay razón para creer que este movimiento sea inevitable, apenas puede dudarse que, si continuamos por el camino que hemos venido pisando, acabaremos en el totalitarismo.

Este movimiento, por lo demás, está deliberadamente planeado, sobre todo por los organizadores capitalistas de monopolios, que son, por ello, una de las principales fuentes de este peligro. Su responsabilidad no se reduce por el hecho de no ser su objetivo un sistema totalitario, sino más bien una especie de sociedad corporativa, donde las industrias organizadas aparecerían como «estamentos» semiindependientes y autónomos. Pero son tan cortos de vista como lo fueron sus colegas alemanes al suponer que se les permitiría, no sólo crear este sistema, sino también dirigirlo durante algún tiempo. Las decisiones que los directores de una industria así organizada tendrían que tomar constantemente son de las que ninguna colectividad dejaría mucho tiempo en manos de particulares. Un Estado que consienta el desarrollo de tan enormes agregaciones de poder no puede soportar que este poder quede enteramente bajo el dominio privado. No es menos ilusorio creer que en estas condiciones se consienta a los empresarios gozar largo tiempo de la posición de favor que en una sociedad en régimen de competencia está justificada por el hecho de ser sólo unos cuantos los que alcanzan el éxito, en cuya persecución son muchos los que corren los riesgos. No es para sorprender que los empresarios quisieran disfrutar los altos ingresos que en una sociedad en régimen de competencia ganan los que, de entre ellos, tienen éxito, y a la vez gozar la seguridad del funcionario público. En tanto exista un amplio sector de industria privada junto a otro dirigido por el Estado, es probable que un gran talento industrial consiga sueldos altos, incluso en posiciones muy seguras. Pero si los empresarios

pueden ver confirmadas sus aspiraciones durante un período de transición, no transcurrirá mucho tiempo antes de que se encuentren, como les sucedió a sus colegas alemanes, con que ya no son los dueños, sino que tienen que contentarse, en todos los aspectos, con el poder y los emolumentos que el gobierno quiera concederles.

A menos que la argumentación de este libro haya sido muy mal interpretada, el autor no se hará sospechoso de ternura hacia los capitalistas si subraya aquí que, con todo sería un error inculpar del moderno movimiento hacia el monopolio exclusiva o principalmente a aquella clase. Su tendencia en esta dirección, ni es nueva ni por sí podría llegar a ser, probablemente, un poder formidable. La fatalidad fue que lograron asegurarse la ayuda de otros grupos en número cada vez mayor, y con su apoyo obtuvieron la protección del Estado.

En cierta medida, los monopolistas han ganado esta protección, o permitiendo a otros grupos participar en sus ganancias, o, quizás más frecuentemente, persuadiéndolos de que la formación de monopolios convenía al interés público. Pero el cambio en la opinión pública, que, por su influjo sobre la legislación y la jurisprudencia,⁵⁰ ha, sido el factor más importante en esta evolución, es sobre todo el resultado de la propaganda que contra la libre competencia han realizado las izquierdas. Con mucha frecuencia, incluso las medidas dirigidas contra los monopolistas no han servido, de hecho, más que para reforzar el poder del monopolio. Toda participación en las ganancias del monopolio, sea en favor de grupos particulares o del Estado mismo, tiende a crear nuevos interesados, que contribuirán a reforzar el monopolio. Un sistema en el que amplios grupos privilegiados se benefician de las ganancias del monopolio puede ser políticamente mucho más peligroso, y allí el monopolio es ciertamente más poderoso, que otro sistema donde los beneficios vayan a unos cuantos. Pero aunque debía ser evidente que, por ejemplo, los altos salarios que puede pagar el monopolista son tanto el resultado de la explotación como una ventaja para él mismo, y sin duda empobrecerán, no sólo a todos

⁵⁰ Véase sobre este punto el instructivo y reciente artículo de W. Arthur Lewis titulado «Monopoly and the Law», en *The Modern Law Review*, vol. VI, núm. 3, abril de 1943.

los consumidores, sino aún más a los restantes asalariados, lo cierto es que, no ya los beneficiados de ello, sino el público, acepta ahora generalmente la capacidad para pagar altos salarios como un argumento legítimo en favor del monopolio.⁵¹

Hay serias razones para dudar si, aun en los casos en que el monopolio es inevitable, el mejor camino para dominarlo consiste en ponerlo en manos del Estado. Si sólo fuera cuestión de una industria, podría ser así. Pero cuando se trata de numerosas industrias monopolistas diversas, mucho puede decirse en favor de dejarlas en diferentes manos particulares antes que combinarlas bajo el control único del Estado. Aunque los transportes por ferrocarril, carretera y aire, o el suministro de gas y electricidad fueran todos monopolios inevitables, el consumidor está indiscutiblemente en una posición mucho más fuerte si permanecen como monopolios separados que si son «coordinados» bajo un control central. El monopolio privado casi nunca es completo y aún más raramente de larga duración o capaz de desprestigiar la competencia potencial. Pero un monopolio de Estado es siempre un monopolio protegido por el Estado, protegido a la vez contra la competencia potencial y contra la crítica eficaz. En la mayor parte de los casos significa que se ha dado a un monopolio temporal el poder para asegurar su posición indefinidamente; un poder que, sin duda, será utilizado. Cuando el poder que debe frenar y controlar el monopolio llega a interesarse en el amparo y defensa de sus administradores, cuando el remedio por el gobierno de un abuso significa admitir su responsabilidad en ello, y cuando la crítica de las actividades del monopolio significa una crítica del gobierno, poca esperanza puede ponerse en que el monopolio esté al servicio de la comunidad. Un Estado que se enredase por completo en la dirección de empresas monopolistas poseería un poder aplastante sobre

⁵¹ Aún más sorprendente, quizá, es la notable ternura que muchos socialistas están dispuestos a mostrar hacia el rentista, el tenedor de obligaciones, a quien la organización monopolista de la industria garantiza frecuentemente una renta segura. Uno de los más extraordinarios síntomas de la perversión de valores que se ha producido durante la última generación es que la ciega enemistad hacia los beneficios lleve a la gente a representarse una renta fija obtenida sin esfuerzo como más deseable social o moralmente que aquéllos, y a aceptar incluso el monopolio para asegurar una renta así garantizada a los tenedores, por ejemplo, de obligaciones ferroviarias.

el individuo, pero, sin embargo, sería un Estado débil en cuanto a su libertad para formular una política. El mecanismo del monopolio se identifica con el mecanismo del Estado, y el propio Estado se identifica más y más con los intereses de quienes manejan las cosas y menos con los del pueblo en general.

Lo probable es que, allí donde el monopolio sea realmente inevitable, un fuerte control del Estado sobre los monopolios privados, método que solían preferir los americanos, ofrezca más probabilidades de resultados satisfactorios, si es mantenido con continuidad, que la gestión directa por el Estado. Al menos parece ser así si el Estado impone una rigurosa intervención del precio, que no consienta espacio para beneficios extraordinarios de los que puedan participar quienes no sean los monopolistas. Incluso si esto tuviera por efecto (como ha sucedido a veces con los servicios públicos americanos) que los servicios de las industrias monopolistas fuesen menos satisfactorios de lo que podrían resultar, sería un precio barato por un freno eficaz de los poderes del monopolio. Personalmente, yo preferiría con mucho tener que soportar alguna ineficiencia de esta clase que ver intervenidos todos los caminos de mi vida por el monopolio organizado. Este método de tratar el monopolio, que rápidamente podría hacer de la posición del monopolista la menos elegible entre todas las posiciones de empresario, podría contribuir tanto como cualquier otra cosa a reducir el monopolio a las esferas en donde es inevitable y a estimular la invención de sustitutivos que pudieran hacerle la competencia. ¡Bastaría convertir otra vez la posición del monopolista en cabeza de turco de la política económica para que sorprendiese la rapidez con que la mayoría de los empresarios capaces redescubriera su gusto por el aire saludable de la competencia!

* * *

El problema del monopolio no sería tan difícil como es si sólo tuviéramos que combatir al monopolio del capitalista. Pero, como se ha dicho antes, el monopolio ha llegado a ser el peligro que es, no por los esfuerzos de unos cuantos capitalistas interesados, sino por el apoyo que éstos han obtenido de quienes recibieron participación en sus ganancias y de aquellos otros, mucho más

numerosos, a quienes persuadieron de que ayudando al monopolio contribuían a la creación de una sociedad más justa y ordenada. El fatal punto crítico en la evolución moderna se produjo cuando el gran movimiento que sólo podía servir a sus fines originarios luchando contra todo privilegio, el movimiento obrero, cayó bajo la influencia de las doctrinas contrarias a la libre competencia y se vio él mismo mezclado en las pugnas por los privilegios. El crecimiento reciente del monopolio es en gran parte el resultado de una deliberada colaboración del capital organizado y el trabajo organizado, gracias a la cual los grupos obreros privilegiados participan de los beneficios del monopolio a expensas de la comunidad y particularmente a expensas de los más pobres: los empleados en las industrias peor organizadas y los trabajadores en paro.

Uno de los más tristes espectáculos de nuestro tiempo es ver a un gran movimiento democrático favoreciendo una política que tiene que conducir a la destrucción de la democracia y que, mientras tanto, sólo puede beneficiar a una minoría de las masas que le secundan.⁵² Y, sin embargo, es esta ayuda de las izquierdas a las tendencias en pro del monopolio lo que hace tan irresistible a éste y tan oscuras las perspectivas del futuro. En tanto los partidos obreros continúen ayudando a la destrucción del único orden bajo el cual se aseguró, por lo menos, a cada trabajador un cierto grado de independencia y libertad, poca esperanza puede quedar para el futuro. Los dirigentes obreros, que ahora anuncian con tanto ruido haber «acabado de una vez y para siempre con el absurdo sistema de la libre competencia»⁵³, están proclamando el ocaso de la liber-

⁵² Hayek se refiere aquí a la política del Partido Laborista británico tal como había sido enunciada en un opúsculo del Partido Laborista, *The Old World and the New Society: A Report on the Problems of War and Peace Reconstruction*, cit., o en el mensaje de Harold Laski ante la Conferencia del Partido Laborista en 1942. —Ed.

⁵³ El profesor H.J. Laski, en su discurso en la 41 Asamblea anual del partido laborista, Londres, 26 de mayo de 1942 (*Report*, p. 111). Merece la pena señalar que para el profesor Laski es «este absurdo sistema de la libre competencia el que extiende la pobreza por todos los pueblos, y la guerra como consecuencia de esta pobreza»: curiosa interpretación de la historia de los últimos ciento cincuenta años. [Hayek se refiere al mensaje de Laski de mayo del 26 de mayo de 1942, en apoyo de una resolución, que se halla en la p. 110, que dice así: “Esta conferencia afirma que no debe haber vuelta atrás, después de la guerra, a una economía competitiva no planificada, que

tad del individuo. No hay más opciones que el orden gobernado por la disciplina impersonal del mercado o el dirigido por la voluntad de unos cuantos individuos; y los que se entregan a la destrucción del primero ayudan, lo quieran o no, a crear el segundo. Aunque algunos trabajadores quizá estarían mejor alimentados en aquel nuevo orden, y todos estarían, sin duda, más uniformemente vestidos, cabe dudar que la mayoría de los trabajadores ingleses diera al cabo las gracias a sus dirigentes intelectuales por el regalo de una doctrina socialista que compromete su libertad personal.

Para todo el que esté familiarizado con la historia de los grandes países continentales en los últimos veinticinco años, el estudio del reciente programa del *Labour Party*, empeñado en la creación de una «sociedad planificada», es la más desalentadora experiencia. A «todo intento de restaurar la Gran Bretaña tradicional» se opone un plan que, no sólo en sus líneas generales, sino en los detalles, e incluso en el lenguaje, es indistinguible de los sueños socialistas que dominaron las discusiones alemanas de hace veinticinco años. Se han tomado materialmente de la ideología alemana, no sólo peticiones como la contenida en la resolución, adoptada por iniciativa del profesor Laski, de exigir el mantenimiento en tiempo de paz de las «medidas de control oficial requeridas para la movilización de los recursos nacionales en la guerra», sino todos los característicos tópicos, tales como el de la «economía equilibrada», que el profesor Laski pide ahora para Gran Bretaña, o el «consumo

inevitablemente produce inseguridad económica, ineficacia industrial y desigualdad social. Se constata que la presión de la guerra ha necesitado ya un control de largo alcance de la industria, una planificación central de la vida económica de la nación, y la subordinación de muchos intereses privados al bien común, e insta a que este proceso sea llevado más allá con el fin de conseguir una victoria rápida y total. Declara que las medidas de control gubernamental que se necesitaron para movilizar los recursos nacionales en la guerra no son menos necesarias para garantizar su mejor uso en tiempo de paz, por lo que deben ser mantenidas hasta que se consiga la victoria final. Contempla la socialización de las industrias y servicios básicos del país, y la planificación de productos de consumo para la comunidad, como único fundamento duradero para un justo y próspero orden económico en el que la democracia política y la libertad personal puedan combinarse con un razonable nivel de vida para todos los ciudadanos.

“Por ello, la Conferencia afirma que es urgente emprender sin dilación la preparación necesaria para los cambios vitales que se han propuesto aquí.” La resolución, tal como se ha dicho, fue aprobada por la asamblea. —Ed.

comunitario», hacia el cual debe dirigirse centralizadamente la producción.

Hace veinticinco años había quizá alguna excusa para mantener la cándida creencia en «que una sociedad planificada puede ser una sociedad mucho más libre que con el sistema de competencia basado en el *laissez-faire*, al que viene a reemplazar». ⁵⁴ Pero verla sostenida otra vez, después de veinticinco años de experiencia y de la revisión de las viejas creencias provocada por esta experiencia misma, en el momento en que estamos luchando contra los resultados de aquellas mismas doctrinas, es más trágico de lo que puede expresarse con palabras. El decisivo cambio acaecido en nuestro tiempo y la fuente de mortal peligro para todo lo que un liberal tiene por valioso está en que el gran partido que en el Parlamento y en la opinión pública ha sustituido en gran medida a los partidos progresistas del pasado se haya alineado con lo que, a la luz de toda la evolución anterior, tiene que considerarse como un movimiento reaccionario. Que los avances del pasado se vean amenazados por las fuerzas tradicionalistas de la derecha es un fenómeno de todos los tiempos que no debe alarmarnos. Pero si el puesto de la oposición, tanto en la discusión pública como en el Parlamento, terminase por ser el monopolio de un segundo partido reaccionario, no se podría conservar ninguna esperanza.

⁵⁴ *The Old World and the New Society*, cit., pp. 12 y 16.